

Waldsemuller... España se quedó así, para empezar, sin el nombre del continente descubierto.

Hoy, los monjes copistas, desbordados por la tecnología, siguen dando palos de ciego, tratando de tapar el sol con las manos y pretendiendo que la reproducción electrónica y masiva de documentos no sea permitida... El mundo que quieren podría parecerse en unos años menos al 1984 de Orwell o al mundo feliz de Huxley que al del *Fahrenheit 451* de Bradbury.

tendríamos algo muy parecido a la predicción de Bradbury...

En su empeño por defender sus intereses, los tiburones multinacionales quieren perseguir a los usuarios. En el momento de escribir esta reseña, en Francia el diario *Nouvelle Observateur* ha iniciado una campaña para que los jueces no caigan sobre el usuario de internet, en tanto que en Brasil, estimulados por una visita del señor Bush, están intentando cerrar todos los negocios de fotocopias.

¿Qué es lo que la gente está dispuesta a comprar? Lo de siempre: pan y circo. El comunismo fracasó estruendosamente al intentar que el Estado distribuyera ambos. El capitalismo fracasó estruendosamente al abandonar todas las demás actividades humanas a la avaricia de estas dos primeras.

Está bien que desaparezca el comunismo, pero eso no quiere decir que tengamos que aceptar un capitalismo salvaje que hace que cada media hora un engendro como Michael Jackson gane más dinero que Albert Einstein en toda su vida.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Un espacio casi olvidado de la historia colombiana

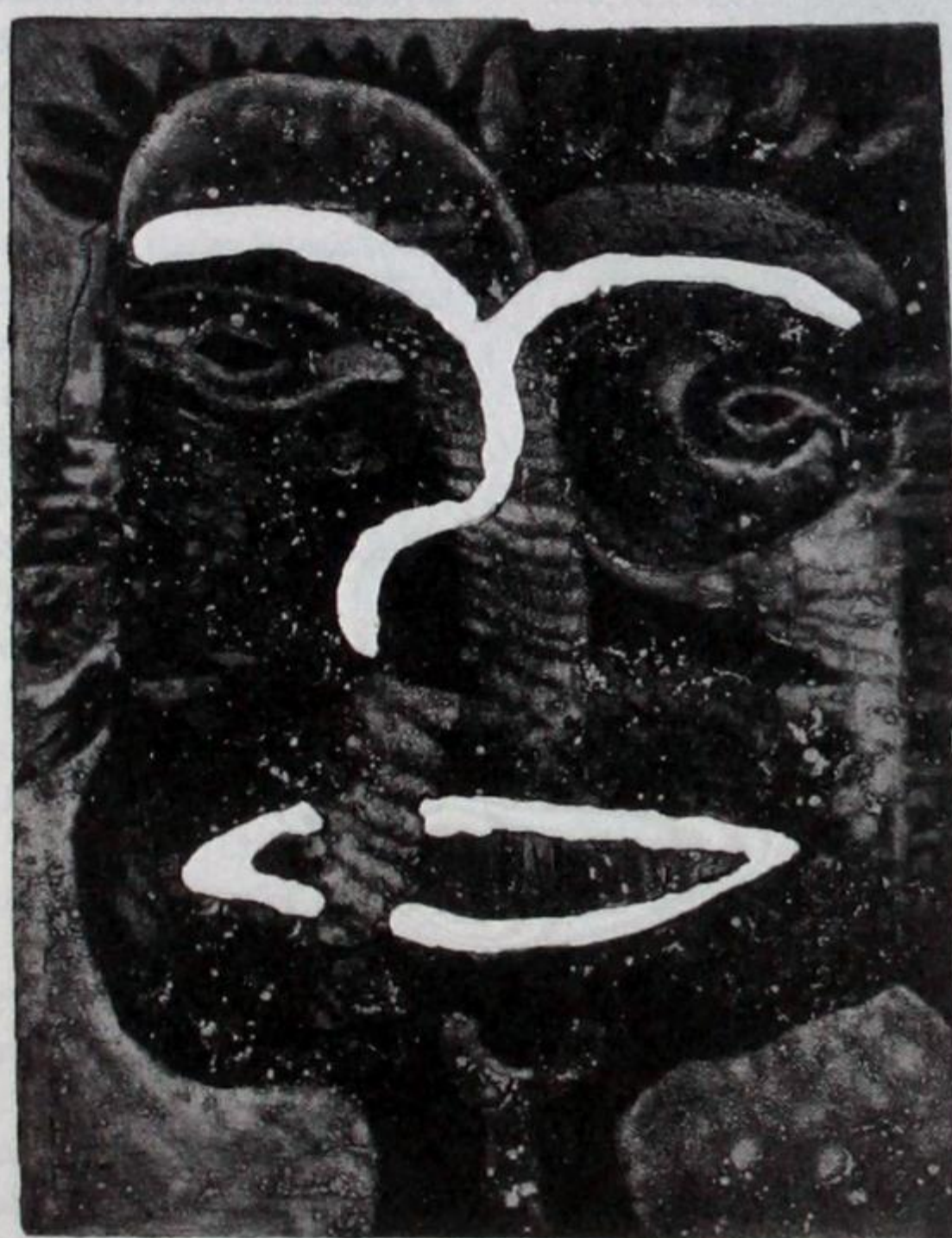
Los informantes

Juan Gabriel Vásquez

Alfaguara, Bogotá, 2004, 402 págs.

Ciertamente, Juan Gabriel Vásquez es un escritor joven. Pero él mismo rechaza su inclusión en una categoría que pertenece más al mundo de la farándula que al de la literatura: "Va mal un país cuando la juventud es un salvoconducto, no digamos ya una virtud literaria". La crítica, por otra parte, realiza tan pobres acercamientos a una obra al calificarla de juvenil, como mediocre suele ser la obra. Bien mirado, no hay razón alguna para que el crítico sea superior al criticado, según el viejo precepto jurídico que dice que lo accesorio sigue a lo principal. Se cree que ya es gran cosa decir de un autor que es *joven*. "¿Es que en este país no hay nadie capaz de decir si escribe bien o mal?", se pregunta un personaje de *Los informantes*.

Pues bien, recogiendo el guante, tengo que decir que Juan Gabriel Vásquez escribe bien. Incluso *muy*



A mí esa idea me pone la carne de gallina. Acaso el destino de la humanidad se decidió el día en que los Bill Gates, en su tonta ceguera, consideraron que la tal internet no era más que un jueguito de estudiantes fantasiosos. Internet, por una casualidad milagrosa, está hoy en manos nuestras, de la humanidad entera. Si en ese momento los tentáculos de la globalización o los Estados lo hubieran advertido, se habrían apropiado de la novedad y hoy

Hay fenómenos que se deben combatir, sin duda. Pero no se puede combatir la pornografía en internet combatiendo a los que intercambian cultura. La cultura es de todos y no hay derechos de autor que la puedan limitar. No se puede combatir la piratería combatiendo a los usuarios de internet, ni a la inmensa economía informal que en nuestros países vive de sacar fotocopias, así como no se puede combatir al sicariato combatiendo a los dueños de motocicletas.

bien. Incluso *cada vez mejor*. Aunque con esto tampoco digo mucho si no lo fundamento de una manera crítica.

Desconozco si voluntaria o involuntariamente, la estructura de *Los informantes* es casi idéntica a la de *Ex-*



No es el tema lo que hace que alguien escriba bien. Como señala Cortázar, hasta una piedra es interesante cuando de ella tratan un Chéjov o un Sherwood Anderson. Parodiando a Cortázar, podríamos decir que en la prosa de Vásquez una piedra es interesante, o si no léase este pasaje: "Me puse a esperarlo, sentado en uno de esos mojones que hay en todo Bogotá, esas piedras angulares, rugosas como una runa celta, con las cuales se marcaban antes las direcciones y que por alguna razón no se han quitado, aunque muchas de ellas tengan ya leyendas incorrectas (carrera donde debería decir avenida, 19 donde debería decir 30)". Aquí estamos hablando de estilo. Son el estilo y la estructura, no el tema, los que hacen que un libro y un autor sean buenos.

piación del británico Ian MacEwan. ¿Cómo lo descubro? Porque en ambas historias, con sus diferencias de tiempo y de lugar, aunque con un tema análogo, he respirado el mismo aire. Y conste que estoy hablando de una obra maestra de la literatura inglesa. Esto no significa que haya plagio, y es casi indiferente que se trate de una elección deliberada o simplemente casual. La estructura del inglés es efectiva. La del colombiano también. El buen escritor rara vez descubre por sí mismo. El buen escritor es un saqueador, un violador de temas, de estructuras, de estilo. El que se las da de original no demuestra más que su infinita ignorancia de todo lo que hay bajo el sol y de todos los muertos que antes de él han corrido bajo los puentes.

La historia de *Los informantes*, según confesión del propio autor,

está tomada en parte de las conversaciones que sostuvo con una señora de origen judío que murió en 2003. Eso no quiere decir que se trate de hechos "reales" o, mejor, históricos. El propio Vásquez se considera un saqueador de historias y desearía ser ubicado como un escritor *camaleón*, o mejor, *tiburón*; es decir, aquel que consigue ser "otro" en cada libro. Vásquez saquea, roba y se apropia, como Pigmalión, como Yahvé, de todo el barro que encuentra, y le da forma, para obtener esa satisfacción curiosa y que muy pocos conocen: la del Creador: "Darle forma a la vida de los demás, robar lo que les ha pasado, que siempre es desordenado y confuso, y ponerle un orden sobre el papel". Y lo repite cuando se refiere a "los que nos dedicamos al oficio cobarde y parasitario de referir las vidas de los demás". El áter ego de Juan Gabriel Vásquez, Gabriel Santoro, se confiesa a sí mismo no sólo chismoso, sino infiel, traidor, delator, alguien que nunca ha sabido "dónde termina la amistad y comienza el reportaje".

El primer informante, el primer delator en una historia de delaciones, es, entonces, el propio escritor. El título, pues, es metáfora de su arte. La delación es, como diría Borges, el peor delito que la infamia soporta. Caigan sobre él, pues, todas las culpas de su oficio, así como, siguiendo a MacEwan, la consiguiente *expiación*.

Lo más importante en este libro, para mí, no es la historia sino el lenguaje. Aunque haya disfrutado mucho de la anterior novela de Juan Gabriel Vásquez, *Alina suplicante*, constato una evolución que se dirige a pasos de gigante hacia la maestría. Vásquez aún no ha escrito una obra maestra. Pero ya estoy seguro de que puede hacerlo. Tiene los medios y el talento. Para fortuna del lector, Vásquez es aún una "promesa incumplida, ese delicado eufemismo". No digo que sea fácil ni que la vaya a escribir, pero va en camino. Tiene que encontrar el tema; para la obra maestra sí parece ser importante el tema. *Los informantes* es superior a *Alina* gracias al abanico

de recursos literarios que exhibe y que apenas se adivinaban en la primera, que, aunque muy lograda, parece más un ensayo estilístico de un escritor ya reconocido que la segunda novela de un escritor que quiere mostrar todo lo que es capaz de hacer. Alina ensayaba un procedimiento, el cinismo absoluto, la carencia de toda consideración moral. En una historia de incesto el recurso resultó muy apropiado. Ahora, en una historia de delatores, el propio autor parece contestarme explícitamente a algo que anoté en la reseña de *Alina suplicante*: "La cara de palo es un mecanismo de defensa. El cinismo es un mecanismo de defensa".

impresionante. La facilidad es su rasgo más distintivo. A la manera de Wilkie Collins, el escritor emplea todos los recursos a su alcance: la entrevista, la correspondencia, la transcripción literal de una conversación en lenguaje coloquial, todo lo que mejor le sirva para llevar al lector, sin que se dé cuenta, al matadero...

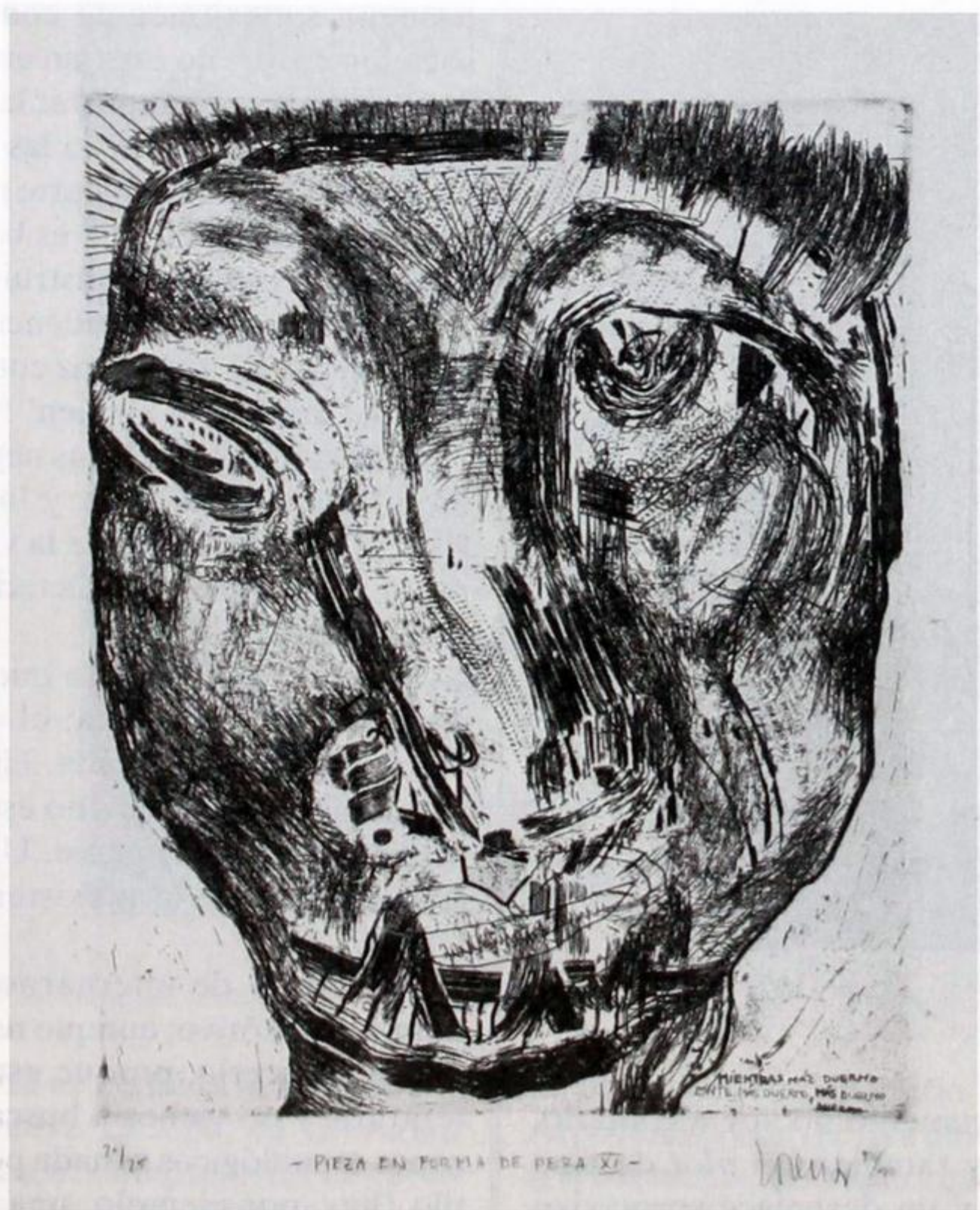
Las frases de Vásquez son llenas, redondas, sin grietas y, de adhehala, de una efectividad pasmosa: "El éxito de mi padre era imparable, como una calumnia"... "El escenario abigarrado de Cuidados Intensivos, ese hotelucho de mal agüero"... "Me toleraban, sin reconocermme, como se tolera la presencia de un diletante

bro: "Su forma de dirigirse a mí había estado siempre dominada por la ironía o la elipsis, esas estrategias de protección o de escondite".

A lo largo de las páginas, encontramos siempre el símil novedoso, la metáfora oculta, que abre paréntesis que dejan entrever al lector nuevos mundos en cada párrafo. Me convencen y me llenan de admiración esas imágenes visuales, especialmente eficaces en la descripción de Bogotá, que ya había señalado en *Alina suplicante*, como la del automóvil que pasa por la calle cuarenta y nueve: "el reflejo de su panorámico se proyectaba sobre el techo del apartamento, móvil, luminoso, un foco en busca de presos fugados". O la descripción del chorro de Quedo, "que mi padre, según decía, no podía mencionar sin que le invadiera la cabeza la imagen de un poeta orinando".

Pero no sólo en Bogotá. Se me antoja que Vásquez tiene un don de observación y un talento particular para el acercamiento geográfico, como en sus cuentos ambientados en las Ardenas, en Bélgica, lo mismo que para la carretera que conduce de Bogotá a Medellín:

"El segundo puente (sobre el río Magdalena) era o es una especie de gran prótesis dental, metálica cuando golpean los destellos del sol sobre los rieles, frágil como la madera vieja cuando suelta esos crujidos indecentes bajo el peso de los carros". Don de observación que es capaz de encontrar que un hematoma tiene la forma de la península de La Guajira y que no desecha ni siquiera la visita a los moteles, como lo dice una de las protagonistas: "Me gustaban los moteles de La Calera. Cuando no hay nubes, cuando el aire está limpio y no hay demasiada contaminación, se ve el nevado del Ruiz. Cómo me gustaba ver el nevado del Ruiz, él me decía que un día me iba a llevar, aunque fuera peligroso. Claro que yo no le creía, tampoco soy tan ingenua". Así, vemos unos edificios en Medellín, "grises y desprovistos de cualquier adorno, como si los arquitectos hubieran decidido que vivir allí sería cosa de ascetas o, tal vez,



En *Los informantes* se abandona la defensa y el autor pasa al ataque...

En Vásquez hay el placer de la narración por la narración. Como de uno de sus personajes, se puede decir que no son sus palabras lo que cuenta. Lo que cuenta es su autoridad. Leerlo es un verdadero placer. En *Los informantes* el abanico de recursos narrativos es simplemente

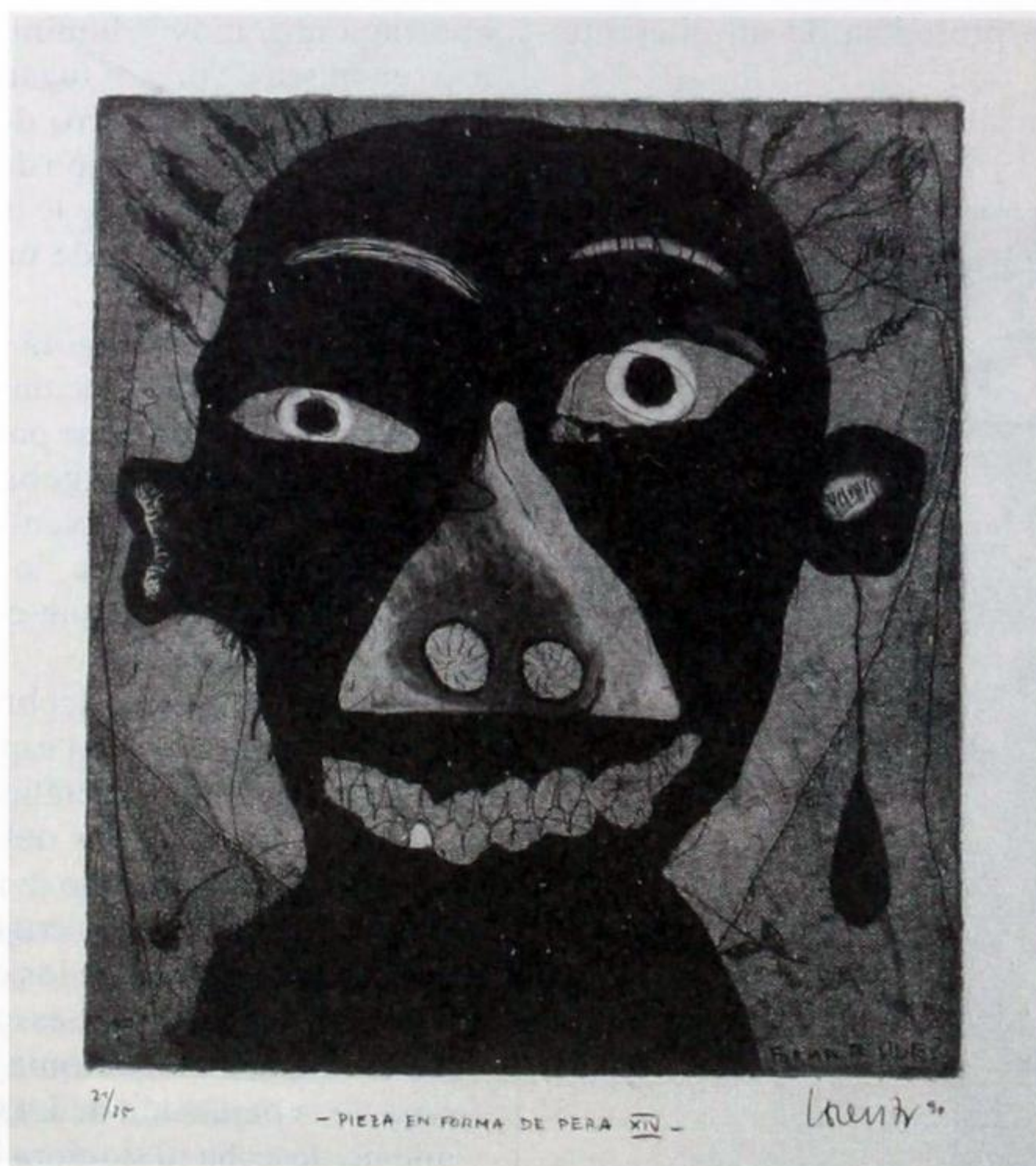
en un encuentro de iniciados"... "Había cometido el error que acaso cometemos todos: hacer confidencias después del sexo"... "Acaso ésta sea otra de las herencias de mi padre: la voluntad de no ser expulsado por esta ciudad tan diestra en expulsiones".

La relación de Santoro con su padre es de un valor psicológico admirable y, para mí, lo mejor del li-

de gente acostumbrada a pasar en sus casas el menor tiempo posible".

Hábil en recursos, Vásquez acude a menudo al símil de la gran literatura, a la definición novedosa, a la descripción inusitada e inédita: "Se dio la vuelta, pesado y torpe y solemne como un buque de guerra cambiando de rumbo." "Biografías y memorias, esas formas baratas y democráticas de la momificación". "La misa, en la iglesia penumbrosa de Cristo Rey, fue un portento de vacuidad religiosa, un inventario de sinsentidos en el cual algunos parecían encontrar sosiego".

O simples observaciones acerca de la condición humana: "La elegancia es patrimonio de quien se tiene respeto". "Esa solidaridad casi religiosa que hay entre las mujeres engañadas". "Si uno es ginecólogo no puede andar por todas partes gritando me gusta mi trabajo, me gusta mi trabajo...". "Eso es lo que uno tendría que evitar, que hubiera una historia con la gente, con los amigos, con los amantes". "Es curioso lo que darse la mano tiene de conciliador, aun a pesar nuestro. Es como desarmar una bomba...".



O ésta, que se me antoja magistral: "La insultaron como suelen insultar los de adentro al de afuera". "A una mujer le llega la regla, y cuatro o cinco años después se siente segura de que se acabaron las sorpresas. Y ahí es cuando llega el mundo y te dice: nada de eso, señorita, usted no sabe un pepino". "Tal vez para ustedes los jóvenes sea difícil de entender, pero Dios para los viejos es eso: un tipo con el que hemos estado jugando escondidas demasiado tiempo".

El argumento no voy a contarlos, pues hay también un *plot* de tipo policial, y un desenlace sorpresivo que no pienso desvelar al lector, que no obstante tienen cierto tono de ambigüedad, como en el mejor Henry James.

Aparte de la historia de una delación y de su "expiación", encuentro al menos dos temas profundos, subterráneos, que atraviesan el libro entero: el primero se reduce a una frase del padre de Gabriel: "Uno es las mentiras que dice". El segundo

es el de la bíblica transmisión de la culpa: "... las faltas se heredan; se hereda la culpa; uno paga por lo que han hecho sus ancestros, eso lo sabe todo el mundo".

Igualmente Vásquez se interna en un espacio de la historia colombiana casi olvidado en la novela. Si acaso, y tangencialmente, ha sido tocado por Alfonso López Michelsen en *Los elegidos*, una novela que me agrada y me resulta muy representativa de una época en su intento de plasmar más una realidad sociológica de un país que se comienza a dibujar, que de narrar una historia determinada. Vásquez no leyó el libro de López Michelsen sino después de escribir *Los informantes*, aunque no desdeña reflexiones de contenido sociológico que no existían en *Alina*:

"Aquí parecen importar las cosas que se dicen tanto como las que se hacen, supongo que en parte por una razón que, bien mirada, es bastante tonta: todo está por construirse".

"La cadena de las infidencias, que en Colombia es tan eficaz cuando se trata de arruinar a alguien".

"El sistema de las listas negras les dio poder a los débiles, y los débiles son mayoría. Eso fue la vida durante esos años: una dictadura de la debilidad".

"El control. Eso es lo que tienes cuando haces una lista: el control absoluto. La lista manda. Una lista es un universo. Lo que no esté en la lista no existe para nadie. Una lista es la prueba de la inexistencia de Dios...".

Si se trata de internarnos en el dominio histórico, aunque nada nos obliga a hacerlo, porque esto es literatura, y no vamos a buscarle gazapos cronológicos ni nada por el estilo (hay, por ejemplo, una bomba en los Tres Elefantes, que nunca existió pero también varios personajes reales), aparece en primer lugar el trasfondo de una historia, aún no contada, de hecho con hálitos de denuncia, de las persecuciones raciales en Colombia, primero contra los judíos (las pancartas de los taxistas bogotanos contra la contratación de taxistas judíos por parte de alguna empresa...), y luego contra los

alemanes. Al final del libro hay un homenaje explícito —denuncia incluida— a Hans y Lilly Ungar, los dueños de la Librería Central, víctimas de las políticas que quiso implantar el profesor López de Mesa para evitar la llegada de judíos a Colombia. De hecho, sus padres murieron en campos de concentración alemanes en parte debido a que a Hans le fue imposible conseguirles una visa colombiana para sacarlos del Holocausto.

“cuando ya la inclusión en la lista lo había dejado casi en la quiebra”.

No sobra reseñar algunos guiños al lector “ilustrado”, que irían desde MacEwan, pasando por el viejo Samuel Johnson y el malogrado Sebald, hasta el de la semilla de fresa metida entre los dientes, que se me antoja del más puro Nabokov.

En cuanto al vocabulario, que es espléndido, sólo tengo una anotación curiosa que hacer acerca de una “caja de icopor” que aparece en alguna par-

Desde la cárcel llamada colegio

Manual de pelea

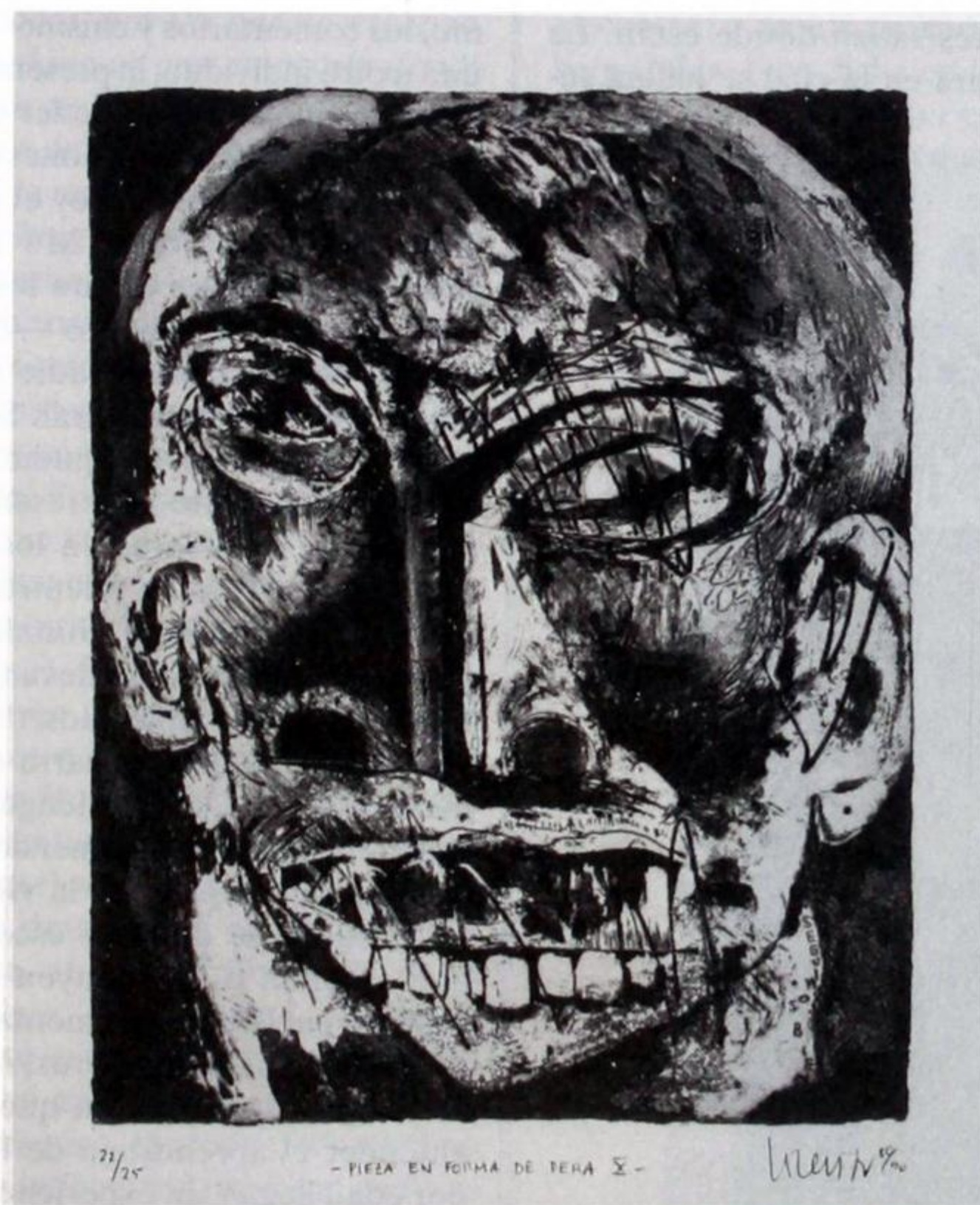
Andrés Burgos

Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2004, 252 págs.

Las peleas de colegio antes y las peleas de colegio después de la llegada del narcotráfico a la vida del país, es la certeza vivida y la incógnita que queda para Santiago González, el personaje estudiante del escritor antioqueño Andrés Burgos (1973).

El actuar de los colegiales tiene una dimensión geométrica que se circunscribe a un área para poder vivir, un espacio físico que hace las veces de “cárcel” aunque se llame colegio. Ahí, a los que día a día tienen que vivir once o más años, no les queda otra alternativa que respirar el aire viciado que les coloca la sociedad: “Estamos condenados sin remedio a pasar mucho tiempo en un calabozo de clases, bajo la mirada vigilante del profesor de turno y un Cristo implacable que nos espía, sin pausa, desde lo alto del tablero” (pág. 46). El trabajo narrativo de Burgos salva para siempre esa dimensión donde los jóvenes hacen sus sucesos, ese pedazo de incertidumbre que va más allá de los brochazos formales de las materias académicas, para hacer su pulso de fuerza. Las historias narradas en *Manual de pelea* conmueven porque están en lo que a diario se repite en colegios y escuelas. No se trata de esa alabanza a la formación, a lo que dicen las propuestas ceremoniales con rectores y prefectos de disciplina, y que nunca cuentan los discursos de grado cuando en frases manidas se habla de las etapas de la vida.

Lo que ha hecho Andrés Burgos es abrir esa puerta que había estado cerrada como tema literario en nuestro medio y dejar al descubierto el drama que por generaciones se repite en los corredores y patios de los colegios. Es un mundo que por años se hace de continuo, que tiene sucesores, nuevos protagonistas que as-



El libro es también la historia del hotel Nueva Europa, en la ciudad de Duitama, siempre lleno de clientes extranjeros y de políticos: el propio Gaitán, Miguel López Pumarejo, Lucas Caballero, se contaban entre sus clientes más asiduos. Y es la historia del hotel Sabaneta, en Fusagasugá, donde fueron internados todos los alemanes durante la guerra y que “parecía un veranadero de la *riviera* francesa”. Para el viejo Konrad, como para muchos alemanes, el internamiento fue casi un descanso, porque lo internaron

te. No recuerdo si Alfredo Iriarte o Argos escribieron acerca de eso, pero sí recuerdo haberlo leído, que *icopor* era una sigla, algo así como “industria colombiana de poliuretano”. Acudiendo a la muy cómoda internet, constato que se trata de la marca registrada de Basf para la espuma rígida EPS o poliestirol expansionado. No soy químico, pero sí entiendo que se trata de una patente protegida en favor de alguna raza de las otrora perseguidas en nuestro país.

LUIS H. ARISTIZÁBAL